

4

# EL TEATRO.

COLECCION  
DE OBRAS DRAMATICAS ESCOGIDAS,  
POR  
LOS MEJORES AUTORES.



MADRID,

Imprenta que fue de Operarios, calle del Factor núm 9.

à cargo de D F. R. del CASTILLO.

1853.

## CATALOGO

de las obras Dramáticas representadas últimamente en los teatros de esta corte, de la propiedad de la Galeria titulada:

### EL TEATRO.

#### TITULOS DE LAS OBRAS

Amantes de Teruel. (Los)  
 Amantes de Chinchon. (Los)  
 Amor á la moda. (Un)  
 Amor y la moda (El).  
 Afectos de odio y amor.  
 Arcanos del alma.  
 Amar despues de la muerte.  
 Anillo del Rey. (El)  
 Apariencias. (Las)  
 Al mejor cazador...  
 Angela.  
 Amores de la niña. (Los)  
 Banda de la Condesa. (La)  
 Baltasara. (La)  
 Bonito viaje.  
 Con razon y sin razon.  
 Conjuracion femenina. (Una)  
 Cañizares y Guevara.  
 Creacion ó el Diluvio. (La)  
 Chal de cachemira. (El)  
 Chismes, parientes y amigos.  
 Cosas suyas.  
 Conspirar con buen éxito.  
 Como se rompen palabras.  
 Don Sancho el Bravo.  
 Don Bernardo de Cabrera.  
 De audaces es la fortuna.  
 Dómine como hay pocos. (Un)  
 ¡Es un Angel!  
 ¡Está loca!  
 El 5 de Agosto.  
 Entre bobos anda el juego.  
 El Escondido y la Tapada.  
 El ensayo de una ópera. (Zarzuela.)  
 En mangas de camisa.

#### TITULOS DE LAS OBRAS.

Esposa de Sancho el Bravo. (La)  
 Espada de Bernardo. (La) *Zarzuela.*  
 Faltas juveniles.  
 Flores de D. Juan. (Las)  
 Fausto. (El)  
 Gloria del Arte. (La)  
 Guerras civiles (Las)  
 Gran Duque. (El)  
 Gitanilla de Madrid. (La)  
 Hacer cuenta sin la huéspedea.  
 Hiel en copa de oro. (La)  
 Herencia de un poeta. (La)  
 Héroe de Bailén. (El) *Loa y Corona  
 poética*  
 Historia china.  
 Indicios vehementes.  
 Instintos de Alarcon. (Los)  
 Juan sin tierra.  
 Juan Sin-Pena.  
 Juana de Arco.  
 Lecciones de amor.  
 Leccion de corte. (Una)  
 Lorenzo me llamo y Carbonero de  
 Toledo.  
 Licenciado Vidriera. (El)  
 Lo mejor de los dados!!!  
 Llueven hijos.  
 Llave y un sombrero (Una)  
 Madre de San Fernando. (La)  
 Mi mamá.  
 Misterios de palacio.  
 Mujer misteriosa. (Una)

R. 203382

ANT  
XIX  
990/4

# SU IMAGEN,

Srta. D. Mercedes Bexon. ANTONIA  
 Sr. D. Manuel Osorio. DON  
 Sr. D. Enrique Arana. BARON  
 Sr. D. Ferrnando Osorio. POR PERICO

## D. Emilio Bravo.

Representada por primera vez en Madrid, en el teatro de  
 Variedades, en diciembre de 1852.



Esta comedia es propiedad de la Cacería Filadelfa.  
 El Teatro, cuyo dueño preserva ante la ley el que la  
 MADRID.  
 Imprenta que fue de Operarios á cargo de D. F. R. del Castillo,  
 Calle del Factor, núm. 9.

1853.

PERSONAJES.

ACTORES.

ANTONIA. . . . . SRTA. D.<sup>a</sup> MERCEDES BUZON.  
DON EUSEBIO VELAZ-  
QUEZ. . . . . SR. D. MANUEL OSORIO.  
BARON. . . . . SR. D. ENRIQUE ARJONA.  
PERICO. . . . . SR. D. FERNANDO OSORIO.

*La escena pasa en una quinta en la provincia de  
Málaga, y la época de la acción es de ocho ó diez  
años atrás.*

---

*Esta comedia es propiedad de la Galería titulada,  
EL TEATRO, cuyo dueño perseguirá ante la ley al que la  
reimprima ó represente en algun teatro del reino sin su  
consentimiento.*

## ACTO UNICO.

Sala baja de una quinta antigua; puertas en el fondo y á los lados. Grandes ventanas que den al campo.

### ESCENA PRIMERA.

*El BARON en traje de caza, EUSEBIO con un album en la mano; los dos entran por el fondo.*

- BARON. Cómo! D. Eusebio Velazquez, usted por aquí?
- EUSEB. Yo mismo, querido Baron... porque creo que es usted Baron.
- BARON. Si señor, mi dinero me cuesta; pero tambien soy banquero, y esto es lo sólido, lo necesario. Lo de Baron...
- EUSEB. Es supérfluo.
- BARON. Me sirve sin embargo para titular esta magnífica posesion que he comprado hace poco, mediante la suma de veinte mil duros.
- EUSEB. Soberbiamente situada!
- BARON. Ahora vengo á ella, entre otras cosas...
- EUSEB. A cazar?
- BARON. A las elecciones. En este pais no entienden una palabra de sistema representativo, ni de diputados.

- EUSEB. Y usted pretende?
- BARON. Esta gente es ordinaria, carece de sentido comun...
- EUSEB. Y usted aspira á representarla en las Córtes?
- BARON. Y me creo digno de ello; al menos así me lo aseguran todos. Precisamente iba yo esta mañana repasando el arte de hablar de Hermosilla, con el fin de encontrar epítetos y frases para mi primer discurso, cuando de repente, oh, encuentro imprevisto y pintoresco! Distingo sobre la costa un pintor, que alburn en mano dibujaba uno de mis puntos de vista.
- EUSEB. Sin consentimiento de usted, ese era yo.
- BARON. El jóven artista, que tanto me recomendó la marquesita del Darro; oh! y tenia razon, porque hizo usted un gran retrato de mi mujer. Pero lo que he notado es que es usted sombrío, misántropo, no se le veia á usted nunca. Indudablemente usted se ha hecho rico.
- EUSEB. Todo lo contrario, mi capital se reduce á dos mil reales, que es cuanto poseo para visitar la Andalucía.
- BARON. Pero hombre, tantas invitaciones como hemos hecho á usted mi mujer y yo.
- EUSEB. Que he agradecido mucho.
- BARON. Con cuánto placer le hubiéramos recibido! porque un artista sienta bien en un salon: Las artes y el dinero... ya usted comprende. Pero qué, yo no recuerdo haberle visto en Madrid, sino en casa de la marquesita del Darro, de aquella mujer tan deliciosa... pero, qué tiene usted?
- EUSEB. Nada, nada. La trataba usted mucho?
- BARON. Eramos parientes lejanos, por mi mujer, y como yo soy tan enamorado, no pude menos un dia de hacerle una declaracion en toda regla.
- EUSEB. Usted?
- BARON. Que la hizo reir en grande. Pobre mujer! todos la adoraban escepto su marido que era jugador, libertino, que la malgastaba su dote, y aun se atrevia á pegarla cuando ella se resistia á pagar sus deudas.
- EUSEB. Y ustedes lo han sufrido! Ustedes sus parientes. (*Aparte.*) Si yo lo hubiera sabido! (*Alto con rabia.*) Su marido! Vea usted lo que hacia su marido. Pero cuando vuelva de Cuba, yo lo mataré.
- BARON. Lo dudo mucho.

- EUSEB. Por qué?
- BARON. Por una gran razon.
- EUSEB. Cuál es?
- BARON. Porque ha muerto; ya ve usted que le ha cojido la delantera.
- EUSEB. Qué escucho! él Marqués ha muerto?
- BARON. Ademas de habérmelo escrito mi corresponsal de la Habana, he visto hoy la noticia en el *Eco del Comercio*. (Lo agarra y lee.) «El Marqués del Darro, Coronel, etc., ha sido muerto en la Habana en un desafío. Aunque adversario político, etc.»
- EUSEB. Es verdad! es verdad! Y sus ultrajes quedarán impunes!
- BARON. Amigo mio; la estimacion que usted demuestra hácia esa señora, es amor ó cosa muy parecida. Vamos, sea usted franco.
- EUSEB. Yo era un pintor oscuro, y tan ansioso de gloria como desgraciado. Mis primeros cuadros no habian sido admitidos en la esposicion, y solo inspiraron una sonrisa de lástima.
- BARON. Pero hombre, hasta que uno se dá á conocer.
- EUSEB. En medio de mi desesperacion, cruzaba ya una idea criminal por mi cabeza, cuando esa señora, á quien habia casualmente conocido, y que sin duda comprendió mi estado, me encargó un cuadro diciéndome: «Valor artista, el nombre que usted lleva es afortunado en la pintura, Velazqtez tambien fué pobre, y luego se honró un monarca llamándole su amigo.
- BARON. Ya, me lo esplicó bien; protectora y bonita, cómo no habia usted de apasionarse de la Marquesa! Vamos, pues ya le pagó á usted adelantado el Marqués. (Con intencion.)
- EUSEB. Cómo! se atreve usted á suponer? Mi amor era puro, y sobre todo, lo ignoraba ella.
- BARON. Dispénseme usted entonces, amigo mio. Y llegó usted á hacer el cuadro.
- EUSEB. Aquel cuadro, para el cual habia bebido inspiracion en ella, mereció los elogios de todo el mundo, y me dió una reputacion. Cambió mi suerte en seguida, y al poco tiempo llegué á reunir lo necesario para emprender un viaje á Italia, que era uno de mis sueños. De allí volvía despues de haber trabajado dos años con fruto,

- cuando, oh desesperacion! tanta belleza! tantos atractivos! habian desaparecido para siempre.
- BARON. Fué una verdadera desgracia. La muerte se la llevó en pocas horas, sin haberle dejado tiempo para escribirnos, pues que todos nos hallábamos ausentes de Madrid, incluso su marido que habia ya salido para la Habana.
- EUSEB. Su marido! Ese debía morir despues que ella para que yo la vengase.
- BARON. Mejor es que se hubiera muerto antes para dejarla libre y feliz. Pero hay gentes que no tienen oportunidad ni aun para morirse. Y él no llegó jamás á sospechar nada?
- EUSEB. Nadie lo ha sabido, y si hoy hago á usted semejante revelacion, es porque ya no existe, y hablar de ella es la única felicidad que me resta. Nada más poseo, ni aun su retrato, pues cuando voy á trazarla de memoria, su imágen escapa fugitiva del lienzo, su imágen que yo pido á toda la naturaleza; y solo existe en mi corazon.
- BARON. Pobre jóven! Y si yo le proporcionara el placer de verla?
- EUSEB. Usted! Cómo?
- BARON. Y no en pintura.
- EUSEB. Usted quiere reirse de mí.
- BARON. Nada de eso. Hace dos dias que estoy aquí, y ayer por la mañana he visto una muchacha de la aldea, llamada Antonia, una campesina, cuya semejanza con la Marquesa es admirable.
- EUSEB. Imposible! Cómo explicar ese fenómeno, ese accidente de la casualidad?
- BARON. Sin ser gran sabio, y sin pertenecer á ninguna corporacion científica, me lo explica de una manera muy natural. Yo recuerdo que el general Pizarro, padre de la Marquesa, mandó esta provincia algun tiempo, y que hizo por ella frecuentes correrías. Ahora bien, el general, realista puro y caballero galante, amaría á las mujeres, sobre todo cuando estas fuesen amables y bonitas, lo cual sucede á casi todas las andaluzas, de modo que como usted conoce, es muy probable que Antonia y la Marquesa hayan sido parientas muy cercanas.
- EUSEB. Lo comprendo perfectamente, y esta idea me causa una

- emocion inmensa, inesplicable. Pero, dónde está Antonia? pudiera yo verla?
- BARON. Aquí mismo, pues ella trae todos los dias el pan para el consumo de la casa. Calla... me parece... (*Mirando al fondo.*)
- EUSEB. (*Poniendo la mano sobre el corazon.*) Oh Dios mio!

## ESCENA II.

ANTONIA, con una cesta grande de pan y un cántaro de leche. El  
BARON, EUSEBIO.

- EUSEB. (*Mirándola.*) Ah! si casi se confundí con ella! La misma expresion! sus mismos ojos! Me parece que la estoy viendo. (*Se acerca á ella precipitadamente, pero retrocede en seguida.*) No, es imposible, sus restos yacen en la tumba.
- ANTON. (*Poniendo en el suelo lo que trae y haciendo una reverencia.*) En qué puedo servir á usted caballero?
- EUSEB. Ninguna sorpresa, ninguna emocion á mi vista, cuando yo no puedo contenerme.
- BARON. (*Acariciando á Antonia.*) A ver, á ver que traes? (*Echa á rodar el cántaro.*)
- ANTON. Pues, ya me ha hecho usted un desavio.
- EUSEB. (*Sentándose.*) Ah! sino es ella, por qué tiene su mismo rostro, su misma voz?
- ANTON. Esto me va á costar el dinero.
- BARON. Pues que no te cueste y asunto concluido.
- ANTON. Al instante, pagaré el valor de la leche y tres mas: mi tia se empeñará en ello sin hacerse cargo de que usted ha tenido la culpa.
- BARON. Vamos, pues dime cuanto necesitas y te lo daré.
- ANTON. Con que me dé usted ochenta reales hay suficiente.
- BARON. Ya lo creo! La niña no es tonta que digamos. Mujer, pues si con cuarenta reales hay para comprar toda la leche de la provincia.
- ANTON. Ya se vé, pero cuando es un gran señor el que paga, los precios son mas altos.
- BARON. Ah, teneis una tarifa sancionada al efecto? Corriente, te daré lo que pides, pero con una condicion.
- ANTON. No admito condiciones, los ochenta reales.

- BARON. (*Queriéndole cojer una mano.*) Con la condicion de que has de ser menos agreste.
- ANTON. Nada escucho, los ochenta reales que me hacen falta.
- EUSEB. Ahí estan, tómalos y cállate.
- ANTON. Pero le harán á usted falta, caballero.
- EUSEB. Nada necesito sino tu silencio, cállate, cállate. (*Salta precipitadamente de la escena.*)

### ESCENA III.

BARON, ANTONIA.

- BARON. (*Mirando salir á Eusebio.*) Y se vá!
- ANTON. Qué tiene ese caballero? Le causo yo miedo?
- BARON. Al contrario, experimenta cuando te ve grandes emociones.
- ANTON. Sí? y por qué?
- BARON. Porque te pareces muchísimo á una gran señora, á una Marquesa de quien está enamorado.
- ANTON. Vaya una locura!
- BARON. Dices bien, es una locura. Ha querido á esa dama sin atreverse nunca á decirle una palabra.
- ANTON. Y por qué no se lo dice ahora?
- BARON. Toma, porque se ha muerto.
- ANTON. Ay! Dios mio, con que yo me parezco á una muerta!
- BARON. Estaba muy viva cuando él la conoció; pero es tanto mayor su absurdo, cuanto que ya no existen esos amores eternos de que hablan las historias, y cuando una persona se muere, en paz descansa, se piensa en otra.
- ANTON. Pobre jóven!
- BARON. Que quieres; es un pintor, un artista: los artistas no son como nosotros... tienen la cabeza exaltada, y tienen imaginacion.
- ANTON. Y usted no la tiene?
- BARON. Yo soy banquero, es decir, razonable.
- ANTON. Y esa gran señora... quién era?
- BARON. Que curiosidad! Para qué te interesa á tí saberlo?
- ANTON. Pero dígame usted, esa que se parecía á mí, era bonita?
- BARON. Y tanto! como que se parecía á tí! (*Con ridicula afectacion.*)

ANTON. Eso es favor que usted me hace.

BARON. (Ella es tonta pero sabe contestar como la primera. Veo que además de ser hermosa, tiene buenas cualidades y sería un dolor que semejante tesoro vejeara aquí perdido en este villorro.)

ANTON. Qué quiere usted decir? No comprendo...

BARON. (Ap.) Tanto mejor, esa es buena señal. En Madrid, vistiéndola elegantemente, me hará honor: es verdad que mi mujer, la señora Baronesa, es un obstáculo, pero ya se encontrará un medio. (Alto.) En dónde vive tu tía?

ANTON. A la entrada del pueblecillo; es la madre de Perico el ganso, guarda de estas tierras.

BARON. Sí, un ganso es con efecto.

ANTON. No señor, si es primo mio.

BARON. No importa. (Ap.) Tiene el aire de familia.

ANTON. Es mi primo, y aunque es un bribon, un salvaje, un truan á quien todo el mundo detesta...

BARON. Pues entonces...

ANTON. Ya ve usted, como es mi primo, no he de publicar sus faltas.

BARON. Dices bien, cállalas á todos, como me las has callado á mí. Pero creo que viene hácia aquí.

#### ESCENA IV.

DICHOS, PERICO.

PERICO. (Entrando por el fondo y hablando hácia fuera.) Hola! tú la echas de buche, te niegas á darme nada? pues serás incluido en el parte que voy á dar.

BARON. Qué es eso Pedro?

PERICO. (Ap.) Dios mio! el señor Baron! (Alto.) Nada, señor, en un delineante de los muchos que por aquí andan, para robar en la hacienda de V. S., y como yo soy tan firme defensor de sus intereses, doy parte en seguida...

BARON. De los que no te dan para echar un trago.

PERICO. (Mirando á Antonia.) Quién ha dicho eso? Algun envidioso, alguna mala lengua. La prueba de que yo no esceptuo á nadie, ni aun á mi familia, es que ayer he denunciado á mi prima Antonia, aquí presente, por haber dejado entrar su ganado en las tierras de mi amo

- cuya multa, incluso mis honorarios, asciende á tres duros.
- ANTON. A mí?
- PERICO. A tí, delincuente.
- ANTON. Injurias todavía despues de los tres duros! Dios mio! Cuando podré yo pagar todo eso! (*Llora.*)
- BARON. Vamos, no te apures, es un asunto grave, muy grave; pero ya se verá el modo de arreglarlo.
- PERICO. Pues... siempre ha de tener quien la proteja.
- BARON. Denunciar á tu primal Hombre tú eres un funcionario muy íntegro.
- PERICO. La gente de mi tierra es así, cuando se empeña en una cosa... y yo que me he empeñado en el honor, y en la probidad. Y mucho mas contra esa muchacha á quien no puedo ver.
- ANTON. Y por qué, mal corazón?
- BARON. Vamos, dí por qué?
- PERICO. Qué necesidad tenia ella de abandonar su casa, que esta allá en Puff... no sé donde; es un nombre revesado que no puedo decir; para venirse aquí con nosotros? Antes era yo el niño mimado; pero desde que vino ella, se acabó. Cuando llego á casa, nada hay hecho. Tengo yo que buscarlo, guisarlo y comérmelo yo solo.
- ANTON. Vaya una gracia! No sabes que estoy fuera con el ganado?
- PERICO. Amí es á quien debe atenderse, que estoy tan cansado, tan roto... Cuando veo los lacayos de V. S. tan bien vestidos, tan bien alimentados, y sin tener que trabajar, digo para mí: hé aquí un oficio noble, y me viéñ á la cabeza, á mí pobre patán, ideas de grandeza y ambicion que me quitan el sueño.
- BARON. Con que tú aspiras?...
- PERICO. A ser lacayo... esa es mi ambición, mi soñarrera.
- BARON. Vender tu independenciam por una librea!
- PERICO. Al contrario, si es por ser independiente. Cuando uno se sirve á sí propio, se muere de hambre; pero cuando sirve á los otros, como decia esta mañana el ayuda de cámara de V. S., se les adula, y uno es el amo.
- BARON. Hola! bueno es saberlo.
- PERICO. Si usted quisiera llevarme á Madrid cuando se vaya, y darme una plaza *independiente* á su servicio.
- BARON. Comprendo... no es imposible; por otra parte (*Mirando*

á Antonia.) ya arreglaremos esto... en familia. Vuélveme á hablar sin embargo cuando haya reflexionado. (A Antonia que va á irse.) A dónde vas tú?

ANTON. A llevar esto á la cocina, señor.

PERICO. Eso es, y mientras mi comida se hará sola.

BARON. Y quién te impide ir á comer á la cocina!

PERICO. A la cocina! Entre los lacayos de V. S., cuanto honor! Comer con una gente que viste casaca de general, guante blanco, y sobre todo, unas personas que comen tan bien; yo me voy á volver loco. Señor: con permiso de V. S. Adios, Antonia, á pesar de todo, te honro llamándote prima. (Yéndose.)

ANTON. (Yéndose por la derecha.) Pobre hombre!

## ESCENA V.

El BARON, EUSEBIO un momento despues.

BARON. (Reflexionando.) Sí, esta es una combinacion, tanto mas ingeniosa, cuanto que no seré yo, sino mi mujer misma, quien la lleve á su lado. Ah! es el amante de novela. Qué hay jóven desgraciado?

EUSEB. Que ahora lo soy mas que antes, pues esa fatal semejanza, lejos de consolar mi dolor, no hace sino irritarle. Aquellas son sus facciones, su imágen, imágen viva, que nada dice á mi corazón, retrato exacto, y por lo mismo infiel, pues le falta el pensamiento, la vida. Es la ausencia personificada, ó mejor dicho, es un mármol, una estátua.

BARON. Corriente, pero es una estátua bellísima.

EUSEB. Y qué importan las formas? Lo esencial es el sentimiento, el fuego que las animan.

BARON. Como usted guste, pero yo me atengo á las formas. Y usted mismo, á pesar de todo, habia de caer...

EUSEB. Yo?

BARON. Pues... con el retrato.

EUSEB. Yo olvidar á la Marquesa! yo compararla á otra mujer, ni abrigar en este mundo un solo pensamiento que no sea para ella! No; yo la amaré hasta que no pueda mas, y en cuanto á esa muchacha, lo que siento al verla es una impresion muy dolorosa.

BARON. Tanto peor, porque sobre esto justamente tenia yo que pedirle un favor.

EUSEB. Un favor?

BARON. Por mi y por la señora Baronesa. Mi mujer no tiene el retrato de la Marquesa, á quien llora, y de la que era parienta: este retrato en Madrid, frente al suyo, seria de gran efecto. Y en pocos dias...

EUSEB. (*Vivamente.*) Tiene usted razon, es el solo medio de que la poseamos.

BARON. Vamos, corriente.

EUSEB. Ella viene. Ah! (*En este momento entra Antonia por la izquierda, los dos se colocan en el fondo. Antonia arregla la cesta del pan.*)

BARON. Como tiembla usted!

EUSEB. Sí, su vista me causa una emocion que no puedo dominar. Pero qué hace?

BARON. Estará esperando que le paguen el pan que ha dejado.

EUSEB. Oh! calle usted!

BARON. Comprendo, la ocupacion no es poética ni sentimental, pero en fin... yo voy á vestirme, le trato sin cumplimiento: hasta luego amigo, hasta luego.

## ESCENA VI.

ANTONIA sentada en el proscenio. EUSEBIO, que despues de contemplarla algunos instantes se sienta junto á ella.

ANTON. Cómo! es usted?

EUSEB. Sí, Antonia.

ANTON. Me habian dicho que le hacia á usted daño mi presencia.

EUSEB. Te lo han dicho? Pues bien, lo confieso, la primera vez me causó una sensacion amarga y dolorosa.

ANTON. Me espanta lo que usted me dice.

EUSEB. (*Despues de haberla mirado con éxtasis y fuera de sí.*) Luisa! Luisa!

ANTON. Ese no es mi nombre caballero.

EUSEB. Ya lo sé; pero mientras mas te miro, mas te confundo con ella. (*Retrocede temblando.*) Y por qué en medio de mi amargura, he de renunciar al momento de embria-

guez y consuelo que me proporciona la casualidad, ó tal vez la providencia? Es ella la que miro, y la que el respeto me impedía decirle cuando vivía, me perdona Dios que lo diga á su imagen, á su semblante! Luisa! tú sabías como te amaba yo... pero qué vea! estás llorando!

ANTON. Vaya! de ver á usted en ese estado.

EUSEB. Y tú pecho late! tu mano tiembla!

ANTON. Es que usted me dice unas cosas...

EUSEB. Perdona mi locura, y olvida lo que he dicho: no iba dirigido á tí.

ANTON. Ya, pero cuando usted se acerca junto á mí y me coje la mano, es muy difícil que yo crea que es la mano de otra la que usted coje.

EUSEB. Calla! eso te ha llamado la atención: este mármol encierra alguna vida!

ANTON. Yo no comprendo nada de lo que usted dice, y no es extraño: nosotras las aldeanas no sabemos mas que lo que nos enseñan, pero como no nos enseñan nada...

EUSEB. Tiene razon, no es culpa suya; y yo que la injuriaba antes, en vez de compadecerla y ayudarla. Por qué no desarrollar y desenvolver su inteligencia? Entonces será la misma Luisa y no su imagen. Oh! sí, Luisa es quien me inspira tal designio; y si lo llevo adelante, será obra, creación mia! Antonia, tú vivirás conmigo.

ANTON. Cómo, caballero, y mi tia?

EUSEB. Consentiré; es un amigo el que vela por tí y te protege. Yo trabajaré, haré cuadros para ganarte una dote.

ANTON. Ah! caballero, qué he hecho yo para tantas bondades?

EUSEB. Parecerte á ella; eso basta (*Cojiéndola la mano.*) Vamos, dime francamente, tienes algun amante?

ANTON. Es preciso decirlo?

EUSEB. Indudablemente.

ANTON. Ay, no señor!

EUSEB. A tu edad?

ANTON. Si este país está muy atrasado. Sin embargo, cuando usted aprieta mi mano... quiero decir, la de *ella*...

EUSEB. Adelante.

ANTON. Siento en mi alma una cosa desconocida, y me parece que no sería difícil que yo me enamorase tambien.

- EUSEB. Y cuando esas ideas te ocurren no piensas en alguno!
- ANTON. *(Suspirando.)* Vaya!
- EUSEB. En alguno de aquí?
- ANTON. Sí... en uno... de aquí.
- EUSEB. Pues bien, si es un joven honrado y laborioso, si merece tu amor, es preciso que te cases al instante; dime su nombre.
- ANTON. Ah! no.
- EUSEB. Por qué?
- ANTON. En primer lugar porque ignoró lo que pasa en su corazón; él mismo puede equivocarse, aunque creo que no me quiere.
- EUSEB. Imposible! Eres tan bella y tan pura. Vamos, Antonia, dímelo á mí, á tu amigo.
- VOZ. *(Dentro.)* Antonia, Antonia.
- ANTON. Es mi tia que me llama.
- EUSEB. Y que viene muy inoportunamente.
- ANTON. Las tias siempre vienen así, pero me reñiría si la hiciese esperar.
- EUSEB. Bueno, me dirás mas tarde su nombre?
- ANTON. Si señor... mas tarde... puede ser. Adios caballero.
- EUSEB. Adios, Antonia, adios.

### ESCENA VII.

EUSEBIO, *siguiéndola con la vista.*

Sí, pobre muchacha, yo me encargo de tu felicidad; en mí es un deber ahora, pues se lo he prometido á Luisa. Y quien sabe, si, como dice el Barón, será hermana suya! Ah! cuando yo sepa quien es el que ella prefiere... entonces haré cuadros. *(Abre el album.)* Aqui tengo varios dibujos. *(Se sienta y dibuja.)*

ESCENA VIII.

- BARON, PERICO, EUSEBIO, *dibujando.*
- BARON. (*Con papeles en la mano.*) Y yo te digo que estoy seguro y que te respondo de ello.
- PERICO. ¡Quíá!
- BARON. Te repito que te quiere.
- PERICO. Quién, mi prima Antonia?
- EUSEB. Cielos! Será él!
- BARON. Está usted trabajando?
- EUSEB. Si señor. (*Ap.*) Oh! mi querida Antonia, y tendrás un marido como este (*Se sienta y hace que no les escucha.*)
- PERICO. Aunque mirándolo despacio, puede ser que tenga V. S. razón, porque ahora me acuerdo de ciertas cosas. Ella llora casi todos los días, sobre todo desde que yo hago carocas á la Mariana, la hija del molinero.
- BARON. Lo vé? Y hoy, cuando la insultaste delante de mí, lejos de quejarse, empezó á defenderte.
- PERICO. Quién sabe! nada mas natural; pues aunque yo no la quiero no seria la primera que se ha enamorado de mí.
- EUSEB. (*Ap.*) Fátuo!
- PERICO. Pero en fin, aunque así sea, qué tenemos que ver con que me quiera ó no?
- BARON. A eso voy: tú no deseabas entrar en mi servicio como lacayo?
- PERICO. Vaya si lo deseo. Y mucho mas ahora que he estado en la cocina.
- BARON. Pues para entrar en mi casa, como yo soy un hombre de orden, un hombre casado, es indispensable que dejes de ser soltero.
- PERICO. Me alegro en el alma; así como así yo he pedido ya en matrimonio á la Mariana, la hija del molinero, que tiene ciento treinta y cinco reales de dote.
- BARON. Está bien, pero á mí no me conviene esa Mariana; es floja y sobre todo rubia... á mí no me gustan las rubias.
- PERICO. Ni á mí tampoco, pero tiene ciento treinta y cinco reales de dote.
- BARON. Además, su carácter es malo.

- PERICO. Sí, pero tiene ciento treinta y cinco reales de dote.
- BARON. Y como tu mujer ha de ir contigo á Madrid, donde todo es elegante y distinguido, quiero que sea... hé aquí porque me decido por Antonia; con que mira si te conviene ó no, en la inteligencia de que si no te casas con ella, tienes que renunciar á la dignidad de lacayo.
- PERICO. (*Paseándose por delante de Eusebio.*) Esto merece reflexionarse, porque en fin, Antonia no es mala, me quiere y es una pobre muchacha; no es rubia, es verdad, pero tiene el pelo negro, que para el caso es lo mismo.
- EUSEB. (*Bajo á Perico.*) Si te casas con la Mariana, te doy mil reales.
- PERICO. Al contado?
- EUSEB. Aquí estan. (*Dandóselos.*)
- PERICO. Eso es otra cosa (*Frotándose la oreja y yendo hácia el Baron que durante este tiempo habrá hojeado los papeles.*) Escuche, pues, V. S.
- BARON. Vamos, despacha pronto, que los electores me aguardan en el comedor.
- PERICO. Ya sabe V. S. que nosotros los andaluces no tenemos mas que nuestra palabra.
- BARON. Bien, ya sé que no teneis nada.
- PERICO. Y por lo tanto, mi palabra está empeñada con la Mariana, á quien su padre da ciento treinta y cinco reales de dote, y mil otra persona que se interesa por su felicidad.
- EUSEB. Ahora ya estoy tranquilo (*Se distrae dibujando.*)
- PERICO. Esta es una buena cantidad, sobre todo cuando media la palabra.
- BARON. Y Antonia? (*Con enfado.*)
- PERICO. Antonia no tiene nada.
- BARON. Y la plaza de lacayo!
- PERICO. Esa no es suya.
- BARON. (*En voz baja.*) Pues acabemos, porque estoy de prisa, si te casas con ella te doy dos mil reales de dote.
- PERICO. Jesús!
- BARON. Pero si no, ni empleo ni dote. Voy en busca de mis electores (*Viendo entrar á Antonia.*) Ahí la tienes, hazle tu declaracion y que todo quede concluido esta noche. (*Váse por el fondo.*)

ESCENA IX.

ANTONIA, EUSEBIO, PERICO.

EUSEB. (*Ap. y dibujando.*) Al menos la salvaré, á pesar del Barón y de ella misma, de un hombre que no merece su cariño, y que la haría desgraciada.

PERICO. Es á mí á quien buscas, prima?

ANTON. No, Perico, voy al cuarto de la señora Leonarda, la ama de llaves que me ha mandado llamar.

PERICO. (*Tirándole del brazo.*) No me engañas, tú tienes vergüenza y yo sé por lo que es, y voy derecho al asunto; porque nosotros los andaluces ignoramos esos rodeos y cumplimientos que se usan por ahí. Yo sé, Antonia, que hace tiempo sufres en silencio, y que tienes algun pesar: pues bien, tranquilízate, yo tambien te amo.

ANTON. Qué dice usted?

PERICO. Y la prueba es que vengo á pedirte en casamiento.

EUSEB. (*Levantándose indignado.*) Cómo! Cuando usted me habia ofrecido casarse con Mariana, recibiendo al efecto...

PERICO. Mil reales... ahí los tiene usted, se los devuelvo, porque el andaluz es honrado antes que todo. Yo no quiero sino á mi Antonia, á quien ofrezco mi persona, dos mil reales y una plaza de lacayo.

ANTON. A quién? á mí?

PERICO. No, la plaza la desempeñaré yo.

EUSEB. Todos esos ofrecimientos son falsos, Antonia.

PERICO. Son verdaderos, porque el señor Barón me los ha ofrecido y es mas rico y generoso que usted. Su señoría desea que este casamiento se haga pronto.

ANTON. Pues yo por mi parte, ni lo deseo, ni querré nunca.

PERICO. Tú rehusas, dos mil reales! Una fortuna tan grande!

ANTON. Con los dos mil reales es con quien tú quieres casarte. Por lo visto es el Barón quien paga el casamiento; pues bien, toma su dinero si gustas, yo no vendo mi amor.

PERICO. Qué no vendes tu amor?

ANTON. Ni lo venderé nunca.

EUSEB. (*Con entusiasmo.*) Antonia, tienes en tu corazon sentimientos nobles... bien, muy bien. (*Dándole la mano.*)

PERICO. Y yo digo, mal, muy mal, porque ella no puede arre-

- batarme de ese modo una buena plaza y un caudal; aunque al fin tendrá que condescender.
- ANTON. Te digo que no.
- PERICO. Y por qué? Vamos á ver.
- ANTON. Porque no te quiero.
- PERICO. Quiá!
- ANTON. Y porque no me gustas.
- PERICO. Nadie que oiga eso lo creerá. Diga usted mas bien que hay otros que le gustan mas; algun reciénvenido, algun forastero, el señor...
- EUSEB. Yo, á quien ella ha visto hoy por la vez primera.
- PERICO. Se equivoca usted.
- ANTON. Quieres callarte?
- PERICO. Ayer, mientras usted estaba pintando sobre la costa, ella lo miraba sin pestañear, con un temblor y una...
- ANTON. Eso es mentira.
- PERICO. Y cuando yo le pregunté que hacia ellí, se puso encarnada y no me dijo una palabra.
- ANTON. No es cierto nada de lo que dice.
- PERICO. Tan cierto es que abandonó el ganado, que se fué á las tierras del señor Baron, por lo cual descargué sobre ella todo el rigor de mi autoridad.
- ANTON. Te digo que no es verdad.
- PERICO. Tú puedes decir lo que quieras, pero si no te casas conmigo, publico tu causa.
- ANTON. Al instante.
- PERICO. Vista y legalizada por el alcalde.
- EUSEB. Cómo, miserable, te atreverias?...
- PERICO. Y pierde su reputacion en el pueblo.
- ANTON. Pero escucha...
- PERICO. Es inútil cuanto hables.
- ANTON. Eres un bruto.
- PERICO. Ese no es un obstáculo para que yo sea tu marido.
- ANTON. Pues bien, yo no temo ni tu brutalidad, ni tu cólera; desde ahora te digo que no pienses en tal desatino.
- EUSEB. Sí, es un desatino, y yo te aseguro que serán vanos todos tus esfuerzos y que no te casarás con ella.
- PERICO. Con que es empeño de usted, caballero. Pues veremos quien se lleva el gato al agua. Ella ha de ser mi mujer, ó cuando menos yo he de ser su marido, ó yo seré su mujer; no, no, ella será mi marido; caramba! yo bien sé lo que me digo. (Vase.)

Y dice usted que yo me parecía á ella; usted me cree-  
na caballero.

**ESCENA X.** (Mirándose.) No le tiene...  
ción, efémerca, pero le la esconde en canchales y natu-  
ralidad. En cuanto á sus ojos, gran...

**ANTONIA, EUSEBIO.**

¿Mas bellitas? Puede ser, pero respaldan orgullo, á mas bien indife-

**ANTON.** (*Sentada á la derecha y llorando.*) Ah! Dios mio! Dios mio! qué es esto que me pasa!

**EUSEB.** Serénate, Antonia, ninguno creerá esa tontería.

**ANTON.** Pero usted lo creerá, usted dará crédito á esas cosas y se figurará...

**EUSEB.** Yo! nada absolutamente.

**ANTON.** No tal, usted creerá que ayer le estuve yo mirando atentamente.

**EUSEB.** Y no es cierto?

**ANTON.** Sí, pero fué sin intencion. Yo estaba admirada de ver tirar líneas, resistiendo la fuerza del sol, á un caballero tan fino, y me dije para mí misma: será el ingeniero de la provincia: esto fué lo que pasó y nada mas, créalo usted.

**EUSEB.** Es muy natural y yo lo creo al pié de la letra.

**ANTON.** Vaya, sería menester ser muy tonta para pensar en uno que no hace caso de mí, que me mira sin verme, y que me dice «té amo» pensando en otra mujer; porque es otra la que usted ama.

**EUSEB.** Sí, una que ya no existe, que he perdido para siempre.

**ANTON.** Tanto peor! La belleza muere ó envejece, pero un recuerdo siempre es jóven.

**EUSEB.** Qué dices? Ese es un gran pensamiento que no hubiera creído escuchar de tí.

**ANTON.** Pues yo lo he dicho, tal como me ha ocurrido. Algo se gana con la conversacion y el roce...

**EUSEB.** Algunos meses de estudio te darian otra forma, otra existencia. Oh! entonces serias tan perfecta, tan seductora, tan irresistible...

**ANTON.** Como la Marquesa?

**EUSEB.** (*Embarazado.*) Ó por otro estilo...

**ANTON.** Ah! su hermosura es la que yo desearia, pero eso es imposible á las que han nacido en el campo... Con que era tan hermosa?

**EUSEB.** Encantadora, adorable.

- ANTON. Y dice usted que yo me parecía á ella; usted me engaña caballero.
- EUSEB. (*Mirandola.*) No, ella tenía lo que tú no tienes... distincion, elegancia; pero tú la escedes en candidez y naturalidad. En cuanto á sus ojos, eran...
- ANTON. Mas bonitos?
- EUSEB. Puede ser, pero respiraban orgullo, ó mas bien indiferencia, mientras que los tuyos tienen tal expresion de reconocimiento, de amistad, de ternura...
- ANTON. De veras?
- EUSEB. Y sobre todo, lo diré de una vez: tú, Antonia nada posees, y la Marquesa tenía un nombre, una cuna elevada, una inmensa fortuna...
- ANTON. (*Meneando la cabeza.*) Lo cual era una gran ventaja para ella.
- EUSEB. (*Vivamente.*) No, para tí, porque cuando se ama á una mujer rica, pueden creer algunos que se ama su riqueza. Asi es que yo en su aristocrático salon, permanecia triste y reservado siempre, sin atreverme á decirle, «yo te amo.»
- ANTON. No le dijo usted nada, caballero?
- EUSEB. Jamás; en tanto que á tu lado no he tenido dificultad en decirlo.
- ANTON. Ya, pero no me lo decia usted á mí.
- EUSEB. Es verdad; porque mi único voto, Antonia, el voto de un amigo, es verte feliz, con un hombre que te merezca.
- ANTON. Yo lo agradezco, pero es inútil.
- EUSEB. Por qué?
- ANTON. Porque quiero permanecer en este estado.
- EUSEB. Sin casarte?
- ANTON. Nunca, lo he decidido.
- EUSEB. Y por qué razon.
- ANTON. La tengo, aunque le suplico que no me la pregunte; pero... y usted?
- EUSEB. Yo! Gran Dios! Y puedes dudarle? Fiel á la que adoro, nada me la hará olvidar, y menos ahora que tengo cerca de mí su recuerdo, recuerdo vivo, que parece renacer contigo, para reunir los dos sentimientos mas dulces de la vida, el amor y la amistad; por consiguiente, Antonia, de aquí en adelante tu presencia me es necesaria, yo no podria dejarte de ver ni un solo momento.

- ANTON. Yo tendria mucho gusto en ello; pero es imposible.
- EUSEB. Qué quieres decir?
- ANTON. Que esto para usted es una ficcion, un engaño que distrae sus dolores; pero en cuanto á mí, pobre muchacha, no acostumbrada á los amores, la ficcion pudiera convertirse en realidad, y serme dificil distinguir una cosa de otra. Ay! Dios quiera que esto no haya sucedido ya!
- EUSEB. Cielos! qué dices?
- ANTON. Así, caballero, si usted tiene alguna amistad á la pobre Antonia, hágala un favor.
- EUSEB. Cuál?
- ANTON. No me lo negará usted?
- EUSEB. Oh! no, yo te lo juro, cualquiera que sea.
- ANTON. En nombre de la Marquesa... por ella.
- EUSEB. Por ella... y por tí.
- ANTON. Pues bien, caballero, consiste en que abandone usted este país, en que parta ahora mismo, y no me vuelva á ver.
- EUSEB. Cómo! renunciar á mi felicidad!
- ANTON. Yo vuestra felicidad, si no soy mas que la imágen?
- EUSEB. Y qué importa si ella me vuelve la vida, si ella me consuela y es mi único, mi apetecido bien.
- ANTON. Y si fuera mi desgracia. Yo no sé lo que siento aquí, (Señalando la cabeza.) y aquí. (El corazon.) Ay! sé de positivo que si usted permanece mas tiempo en estos sitios me espera una gran desdicha.
- EUSEB. Lo crees así?
- ANTON. Oh! lo juro. Una infeliz muchacha se lo suplica á usted, á usted á quien considera su protector en el mundo y que puede salvarla.
- EUSEB. Pues bien, aunque lleve el corazon partido, abandonaré para siempre estos campos; pero antes, Antonia, permítame que te abrace, será el abrazo de la despedida. (Ella huye.) Qué! me lo niegas?
- ANTON. No, este abrazo es el de un hermano, el de un amigo.  
(Se abrazan.)

**ESCENA XI.**

**El BARÓN, EUSEBIO, PERICO, ANTONIA que escapa así que los vé.**

**PERICO.** Cómo! qué es lo que veo!

**BARÓN.** Qué tienes hombre?

**PERICO.** Antonia, mi novia, la que usted quiere á la fuerza que sea mi mujer, mediante los dos mil reales!!!

**BARÓN.** Y bien, hombre! acaba.

**PERICO.** Estaba abrazando á este caballero.

**BARÓN.** A quién? á D. Eusebio Velazquez?

**PERICO.** A él mismo, yo lo he visto!

**BARÓN.** Vamos, cállate, te daré dos mil quinientos.

**PERICO.** Pues señor, me he equivocado, no he visto nada.

**BARÓN.** Adios, amigo querido, dulce Abelardo, desdichado y fúnebre amante, que debe llorar eternamente la pérdida de su pastora... me parece que con las de estos lugares no le va á usted mal.

**EUSEBIO.** Escuse usted suposiciones que para nada deben entenderse conmigo y que no tienen objeto: no niego la emoción que á la vista de Antonia experimento, y usted mismo conoce la causa; pero cualquiera que fuese el sentimiento que ella me inspira, yo no puedo permanecer un día siquiera en este país, y decidido á partir, me despedía de ella y la abrazaba con su permiso.

**PERICO.** Vamos, si se despedía, ya es otra cosa, porque las despedidas son circunstancias...

**BARÓN.** Atenuantes... lo vé?

**PERICO.** Perdóne usted entonces, caballero.

**BARÓN.** Sí, amigo mío, perdóne usted que hayamos tenido ideas, que hayamos supuesto intenciones... esto le sucede á cualquiera.

**EUSEBIO.** Yo no tengo otras que las de continuar mi camino.

**BARÓN.** Hoy?

**EUSEBIO.** En este instante.

**BARÓN.** Qué disparate! Usted me ha ofrecido, por mí y por la Baronesa que debe llegar mañana ó pasado, hacer el retrato de la Marquesa, y ya usted vé que no hay mejor ocasion.

**EUSEBIO.** Con todo, ese proyecto que me sedujo esta mañana, y

que aun me deleita, es imposible ahora, en el estado en que mi alma se encuentra.

BARON. Todo es empezar, hombre.

EUSEB. Además, no tengo aquí nada de lo que me hace falta para pintar; he dejado los pinceles y la paleta en la posada.

BARON. Allá vá Perico en un momento, estando aquí en otro de vuelta.

PERICO. La paleta y los pinceles! señor, que irá á hacer este hombre. Vuelvo al momento. (Vése.)

### ESCENA XII.

BARON, EUSEBIO.

BARON. Y despues puede usted marcharse, si en ello se empeña, que yo, aunque con sentimiento, no contrariaré su voluntad, pero ya que se halla dispuesto hasta el traje de corte.

EUSEB. Qué traje? no endiando.

BARON. Es una idea mia; no lo estrañe usted, aquí en el campo no hay que hacer sino tener ideas. Solamente con relacion al retrato me han ocurrido dos ó tres, y he dado mis órdenes á Leonarda, mi antigua ama de llaves, para que escoja lo mas bello y elegante entre los vestidos de la señora Baronesa, con objeto de que Antonia se vista de gran señora; de este modo su semejanza con la Marquesa será completa, irresistible.

EUSEB. Es verdad!

BARON. Con que le gusta á usted mi idea? Pues sepa usted que es mia, enteramente mia.

EUSEB. (Meditando.) Pero cómo! bajo que aspecto!

BARON. Espere usted... con una corona de flores.

EUSEB. Sí, siempre fueron sus delicias.

BARON. Vamos, está visto, cuanto me ocurre hoy es bueno y merece tomarse en consideracion. Pues mire usted, lo propio me ha sucedido con los electores; les propuse una comida, y á ninguno siquiera le pareció mal.

EUSEB. (Distraido.) Sí, es una idea que me arrebatá; ella tendrá una brillante guirnalda de flores en la cabeza; quiero que admire á todos en medio de las flores sus

hermanas. Como ellas, nació llena de encantos, como ellas, tuvo solamente una mañana!

BARON. Bien, magnífico, todo eso lo ha inspirado á usted mi proyecto, lo que es una idea... pero voy á que la pongan las flores. (*Váse por la izquierda.*)

### ESCENA XIII.

EUSEBIO.

Sí, yo habia empeñado mi palabra, y es anterior á la que dí á Antonia; pero una vez hecho el retrato, partiré, esta es mi obligacion.

### ESCENA XIV.

ANTONIA *vestida elegantemente*, EUSEBIO.

EUSEB. (*Retrocediendo admirado.*) Oh! qué veo! mis ojos ó mi corazon me engañan! Yo voy á perder la razon, Luisa, Luisa, es usted? (*Ella hace un gesto negativo.*) No, que eres tú.

ANTON. Me han vestido de esta manera, quiere usted explicarme lo que esto quiere decir, y qué se va á hacer conmigo?

EUSEB. Tu retrato; se han empeñado en que lo haga, y yo lo habia ofrecido. Pero he de obtener tu imagen para ellos? No, no la tendrán; antes que vengán déjame robar un bosquejo; así, con ese traje... será para mí, solo para mí.

ANTON. (*Turbada.*) Pero yo creia, caballero, que usted me habia prometido abandonar estos sitios...

EUSEB. Razon demás para llevar conmigo tu imagen que tanto he deseado! En concluyendo yo partiré, lo juro.

ANTON. Entonces, acabe usted pronto.

EUSEB. (*Corriendo á cojer el album.*) Voy pues; esto es cosa de un momento; y cuando me encuentre lejos de tí, él me recordará las emociones dulces y amargas á la vez que á tu lado he sentido... No te impacientes; que ya em-

piezo. (*Se sienta junto á la mesa y abre su album: Antonia se coloca detrás del sillón.*) No, no te coloques así, entonces no te veo.

ANTON. (*Cambia de actitud colocándose sobre uno de los lados del sillón.*) Estoy así mejor? ó de este otro modo?.. (*Apoya el codo en el sillón y reclina la cabeza en él.*)

EUSEB. (*Estasiado.*) Cuán hermosa es!

ANTON. Vamos caballero, no pinta usted?

EUSEB. Voy, ya no me acordaba.

ANTON. Jesus, cuanto cansa esta postura!

EUSEB. Tienes razon, siéntate en el sillón, frente á mí. (*Se sienta.*) Bien. (*Dibuja.*) Con dos minutos solamente. (*Se para.*) No fijes tus ojos en el suelo, porque no puedo verlos... clávalos en mí.

ANTON. Estan bien así?

EUSEB. Sí, no dejes de mirarme.

ANTON. Estan bien?

EUSEB. No, no me mires que entonces no puedo trabajar.

ANTON. Esto es bueno, caballero, ni de un modo ni de otro; pues es preciso que yo mire á alguna parte.

EUSEB. Espera: sabes leer?

ANTON. No señor, bastante lo siento.

EUSEB. Es igual, tú harás como que lees. Toma este periódico. Bien, no te muevas. Pero, Dios mío! qué tienes? Su rostro palidece, sus manos tiemblan, suspira... estás mala? Antonia, Antonia, vuelve en tí.

## ESCENA XV.

EUSEBIO á los piés de ANTONIA, el BARON por la derecha con una corona de flores, PERICO por el fondo con la paleta y los pinceles.

PERICO. Lo vé V. S. señor Baron, la cosa marcha...

BARON. Cállate, te daré hasta tres mil reales.

PERICO. Pues entonces no marcha, tiene V. S. razon.

EUSEB. Señor Baron, acuda usted, Antonia se halla indispueta.

BARON. Anda Perico, un vaso de agua en un vuelo.

PERICO. Voy, señor, pero tenga V. S. cuidado, no sea que la indisposicion sea fingida.

ESCENA XVI.

DICHOS menos PERICO.

- EUSEB. Ah! ya vuelve en sí. (*A media voz.*) Adios, Antonia, y parto.
- ANTON. (*Deteniéndole.*) No, quédese usted.
- EUSEB. Cómo!
- BARON. Vamos, cómo te sientes?
- ANTON. Esto no ha sido nada, señor Baron, la fatiga, el calor, la sorpresa.
- BARON. De verte tan linda, es verdad? Pero ya que has vuelto en tí, no quiero servir de estorbo; continúese la obra. (*Reparando en Antonia.*) Pero, calla, tú la estás echando de gran señora... el talle derecho... como yo. (*Ella se levanta.*) Bien: el andar elegante... como yo. (*Ella dá algunos pasos.*) Vamos, no está del todo mal para una aldeana. La mirada coqueta y brillante. (*Ella lo mira sonriendo.*) Bien, por vida mia, no lo hiciera mejor la primera dama de la corte. (*Con ironía.*) Y bien, señora Marquesa, qué hay de nuevo?
- ANTON. (*Remedándolo.*) Cosas muy curiosas, señor Baron.
- BARON. Ja! ja! si parece que es ella!
- ANTON. Se dice que por librarse de indignos tratamientos, y de un yugo odioso, la Marquesita del Darro hizo correr la noticia de su muerte.
- EUSEB. Gran Dios!
- BARON. Ja! ja! Mire usted lo que está diciendo.
- ANTON. (*Con gravedad.*) Y que durante el tiempo transcurrido, ella ha vivido oculta en Andalucía en casa de su nodriza.
- EUSEB. Cielos!
- BARON. Yo estoy estupefacto.
- ANTON. Donde hubiera permanecido siempre, si la muerte del Marqués del Darro, que acaba de saber en este momento, no la hubiese tornado á la vida y á la libertad. (*Dándole la mano á Eusebio.*)
- EUSEB. (*Cayendo á sus piés.*) Es ella! mi Luisa!
- BARON. (*Lo mismo.*) Perdon, señora Marquesa.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, PERICO.

PERICO. Pues señor, esto ya no marcha, sino corre, no corre si no vuela; ya hay otro, mas en campaña; señor, yo no sabia que á V. S. tambien le gustaba...

BARON. Qué dices, ganso?

PERICO. Oiga V. S., no me ponga malos nombres que luego se quedan. Digo que V. S. quiere que yo me case mediante la suma de...

BARON. Mira, vete á paseo.

PERICO. Y yo por mi parte digo que no estoy dispuesto á sufrir.

BARON. Vaya una susceptibilidad: tú hubieras concluido por arruinarme.

EUSEB. Con que no era su imágen, es usted la Marquesa á quien yo adoraba?

ANTON. Sí, yo soy.

EUSEB. Y Antonia, de quien yo era amado?

ANTON. Tambien soy yo.

PERICO. Con que es decir que entonces no me queda á mí sino la Mariana, sus ciento treinta y cinco reales de dote, los tres mil del Baron, los mil del señor D. Eusebio...

BARON. Ve sumando, yo por mi parte no te daré ni un ochavo.

ANTON. Yo te los daré.

PERICO. Qué felicidad, tanto dinero...

ANTON. Y no te casas conmigo. (*A Eusebio.*) Y usted amigo mio, sea franco, á quién ama con mas ardor, á la Marquesa ó á la pobre Antonia?

EUSEB. No me pregunte usted eso; en vano podria distinguir entre ambas.

ANTON. Pues bien, en la duda, yo le doy á las dos.

EUSEB. Apenas puedo resistir tanta ventura.

PERICO. (*Adelantándose.*)

Si he de decir lo que siento,  
aunque pase por borrico,  
como me llamo Perico,  
estoy del cambio contento.

Esto á todos acomoda,  
yo tengo novia, dinero,  
público, lo que ahora quiero,  
es el regalo de boda.

Dichos, Pariso.

Pariso. Pues señor, esto ya no marcha, sino corre; no corre si  
no vuela; ya hay otra; en campaña; señor, yo no  
aspiro que á V. S. también le gustaba...  
Pariso. Qué cosas, ¿verdad?  
Pariso. Diga V. S., no me ponga malos nombres que luego se  
quedan. Digo que V. S. quiere que yo me case ma-  
ñana...  
Pariso. Mira, vete á paseo...  
Pariso. Y yo por mi parte digo que no estoy dispuesto á  
casar...  
Pariso. ¿Hay una susceptibilidad: la hubiera concluido por  
arbitrario...  
Pariso. Con que no era su intención, es usted la Marqués á quien  
yo quería.

**GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE MADRID.**

*Examinada por el censor de turno, y de conformidad  
con su dictámen, puede representarse.*

*Madrid 5 de Noviembre de 1852.*

Pariso. Qué tal, ¿verdad?  
Pariso. Y no te cases conmigo. (A Casado.) Y usted amigo mío,  
¿se fenoce á quien más con más señor, á la Marqués  
á la pobre Antonia?  
Pariso. No me pregunta usted eso; en vano podría distinguirse  
entre ambas.  
Pariso. Pues bien, en la duda, yo le doy á las dos.  
Pariso. Apenas pueda resistir tanta ventura.  
Pariso. (A desahucarse.)  
Pariso. Si he de decir lo que siento.  
Pariso. Aunque pase por horrible,  
Pariso. como me llamo Pariso,  
Pariso. estoy del cambio contento.

TITULOS DE LAS OBRAS.

Mateo y Matea. (*Zarzuela*)  
 Mentira inocente. (Una)  
 Nobleza contra Nobleza.  
 Negro y Blanco.  
 Ninguno se entiende.  
 No hay amigo para amigo.  
 Noche en blanco. (Una)  
 Para heridas las de honor.  
 Paje y un caballero. (Un)  
 San Isidro (*Patron de Madrid*).  
 Secreto de la reina. (El) *Zarzuela*.  
 Suplicio de Tántalo. (El)  
 Su imágen.  
 Sueño de una noche de verano. (El)  
*Zarzuela*.  
 Trabajar por cuenta ajena.  
 Traidor, inconfeso y martir.

TITULOS DE LAS OBRAS.

Una falta.  
 Verdad en el espejo. (La)  
 EN ADMINISTRACION.  
 Flor de un dia. (*primera parte.*)  
 Espinas de una flor. (*Segunda parte.*)  
 Baron. (El)  
 Comedia nueva ó el Café. (La)  
 Escuela de los maridos. (La)  
 Hamlet.  
 Mogigata. (La)  
 Médico á palos. (El)  
 Sí de las niñas. (El)  
 Viejo y la Niña. (El)

26 € (07)

PUNTO DE VENTA.

**Madrid: librerías de Cuesta, Matute, Publicidad, Monier y Villaverde.**

PROVINCIAS.

Albacete.	Serna.	Motril.	Ballesteros.
Alcoy.	Martí é hijos.	Manzanares.	Gomez Pardo.
Algeciras.	Almenara.	Mondoñedo.	Delgado.
Alicante.	Ibarra.	Orense.	Ferrer.
Almería.	Alvarez.	Oviedo.	C. Fernandez.
Aranjuez.	Sainz.	Osuna.	Montero.
Avila.	Gomez.	Palencia.	Gutierrez é hijos.
Badajoz.	Orduña.	Palma.	Gelabert.
Barcelona.	Viuda de Mayol.	Pamplona.	Garcia.
Bilbao.	Astuy.	Palma del Rio.	Camero.
Burgos.	Hervias.	Pontevedra.	Cubeiro.
Cáceres.	Valiente.	Puerto de Santa Maria.	Valderrama.
Cádiz.	Moraleta.	Puerto-Rico.	Gonzalez.
Castrourdiales.	García de la Puente	Reus.	Prins.
Córdoba.	Lozano.	Ronda.	Moreti.
Cuenca.	Mariana.	Sanlucar.	Esper.
Castellon.	Lara.	S. Fernando.	Meneses.
Cuidad-Real.	Gallegos.	Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Coruña.		Santander.	Laparte.
Cartagena.	Moreno.	Santiago.	Sanchez y Rua.
Chiclana.	Sanchez.	Soria.	Rioja.
Ecija.	Jimenez.	Segovia.	Alonso.
Figueras.	Plá.	S. Sebastian.	Garralda.
Gerona.	Viuda de Grases.	Sevilla.	Hidalgo.
Gijon.	Ezcurdia.	Salamanca.	Torres.
Granada.	Zamora.	Segorbe.	Clavel.
Guadalajara.	Perez.	Tarragona.	Puygrubi.
Haro.	Quintana.	Toro.	Tejedor.
Huelva.	Osorno.	Toledo.	Hernandez.
Huesca.	Guillen.	Teruel.	Castillo.
Jaen.	Valero.	Tuy.	Martz. Gonzalez.
Jerez.	Bueno.	Talavera.	Bidarte.
Leon.	Viuda de Miñon.	Valencia.	M. Garin.
Lérida.	Sol.	Valladolid.	Bassó.
Lugo.	Pujol y Masia.	Vitoria.	Echavarria.
Lorca.	Delgado.	Villanuevay Geltrú.	Pers y Ricart.
Logroño.	Verdejo.	Zamora.	Calamita.
Loja.	Cano.	Zaragoza.	Viuda de Heredia
Málaga.	Moya.		
Marabó.	Abadal.		
Murcia.	Adrion.		